





CAMINO DE NOVIEMBRE



Cristian J. Villagrán

CAMINO DE NOVIEMBRE



Primera edición: febrero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Cristian J. Villagrán

ISBN: 978-84-18097-72-0

ISBN digital: 978-84-18097-73-7

Depósito legal: M-2235-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la luz de tus ojos...
a la esperanza de mi vida...*

Guatemala, 2019



*Cuando abro los ojos
no puedo diferenciar si estás ahí;
aunque no quiera aceptarlo,
siento tu presencia cerca de mí.*

*Te veo en mis sueños,
para mí es imposible sentirme solo.
No siento miedo al escuchar tu voz,
porque tu voz me suena familiar.*

*Eres el susurro matinal
alimentando mi imaginación,
ideando nuevas formas de actuar.
Sé que tú ves a través de mis ojos.*

Al final, tú y yo regresaremos al mismo lugar...



NOTA DEL AUTOR

Camino de noviembre fue escrita en la oscuridad de las noches de mis días de monotonía laboral, de aquel desaliento que me invadía al tomar el transporte público y darme cuenta de que el viaje sería aún más largo de lo que podía imaginar. Diariamente caminaba a la misma hora por los mismos lugares y veía a cientos de personas moviéndose en todas direcciones. Mientras escuchaba alguna canción, mi mente volaba y me preguntaba: ¿a qué se dedica esa mujer?, ¿por qué ese hombre sonríe?, ¿qué vida tendrán? A lo mejor tú fuiste la inspiración para escribir esta novela: de pie, cansado, porque tu jefe te cambió de turno en el trabajo; triste porque murió tu padre; feliz porque tienes una familia ejemplar; molesto porque peleaste con tu pareja e incluso ebrio. Quizá solo estabas ahí y yo te vi, te puse un nombre y una historia para contar; quizá solo veía el hermoso paisaje camino a casa, cuando pensaba en lo que el personaje basado en ti tenía que hacer o a donde ir. Seguramente nunca lo sabremos.

Espero que disfrutes leyendo lo que yo disfruté escribiendo.

CRISTIAN J. VILLAGRÁN



1

SUEÑOS

Un sentimiento de persecución le oprimía el pecho, su pobre corazón apenas podía con ese tipo de emociones, su respiración acelerada hacía que su garganta se secara cada poco, provocando náuseas y una sensación de ahogo. Cruzó por una calle apenas iluminada por un foco parpadeante de una luz amarillenta deprimente. La calle estaba vacía, solo había basura de frutas, verduras, plásticos y hojas de periódico el mercado callejero dejaba sus marcas en aquel paso intransitable durante el día. La humedad de la noche empapaba la superficie del asfalto por donde corría. Volteaba a ver constantemente, esperando a ver a su perseguidor.

Gritaba frenética, muerta de miedo, pero nadie atendía sus súplicas. Sus piernas no daban para más, el cansancio era extremo; no recordaba cuánto tiempo llevaba corriendo en aquella parte desolada de la ciudad. Volteó a ver una vez más, distinguió una sombra que se formaba fuera del alcance de la luz del foco parpadeante, comenzaba a avanzar hacia ella. Aterrada tomó un nuevo impulso, pero era difícil establecer cuánto tiempo más podría seguir; en la siguiente esquina cruzó hacia la izquierda, vio de reojo a su persecutor, estaba más cerca.

Presa de la desesperación buscaba un lugar en donde esconderse, sin percatarse de que la calle que decidió tomar no tenía salida. Un muro se erguía tapando el paso. Decidió regresar, pero era demasiado tarde: la silueta del individuo ya estaba en la esquina y avanzaba a paso firme hacia ella.

Comenzó a llorar, las lágrimas brotaban sin control alguno. Se dejó caer pegada a la pared, sin nada que hacer. Solo observó cómo la sombra se acercaba acariciando un cuchillo de forma curva, ancho en su base, con un gran diseño damasquino; las ondulaciones a lo largo de toda la hoja eran simplemente el trabajo de un artesano. Vistas a la luz del foco que alumbraba la esquina, daban la impresión de salirse del cuchillo, como si tuvieran vida propia.

Sin poder parpadear, escuchaba el golpe de cada paso, como un retumbo en el pecho. El personaje se movía con mucha delicadeza y sin ningún tipo de titubeo; algo le decía a la mujer que no era su primera vez.

Indefensa, se cubrió los ojos esperando lo peor. Acurrucada sobre la pared, sentía la presencia a pocos pasos. Una mano la tomó por la parte de atrás del cuello, no podía sentir la piel. ¡Solo eran huesos! que tintineaban y crujían con cada movimiento ante la falta de articulaciones, unidos por algo no humano, una fuerza sobrenatural, que desde luego tampoco quería conocer.

Sintió cómo la levantaba sin mucho esfuerzo; el miedo le impedía emitir algún tipo de sonido, sus cuerdas vocales ya no le respondían, su cerebro había entrado en *shock*. Levantó la vista y vio el vacío en el rostro oscuro de su perseguidor, la oscuridad más intensa que había visto; los ojos casi se salían de sus orbitas, abrió la boca tratando de respirar más, el aire le hacía falta. Su corazón latía fuera de control. Cualquier cosa en esas circunstancias debió ser difícil.

La sensación del cuchillo atravesando su piel hizo que Susan pegara un brinco en su cama. Solo era un sueño. El sudor escurrió por todo su rostro. Inmediatamente se levantó con la respiración agitada. Se revisó el abdomen, todo estaba bien. Solo eran otra vez esos repetitivos sueños de persecución, eran ya tres días en los que no podía dormir bien. Eso le estaba comenzando a afectar. En

esta ocasión su perseguidor logró atraparla; en sueños anteriores se había despertado antes o intentaba tomar un camino diferente, pero en este en particular entró en un callejón sin salida.

Poniendo las manos sobre su rostro para limpiarse un poco el sudor, volteó a ver la hora en el pequeño reloj despertador de números verdes: marcaba las 3:15. Decidió levantarse; aún alterada se colocó sus pantuflas que simulaban ser la pata de un oso *grizzly*. Se dirigió hacia el baño y encendió la luz; el brillo lastimó sus ojos que apenas se acostumbraban; pasó de largo al espejo que estaba sobre el lavamanos. Con cierta pereza se sentó en el retrete, el susto le había dado ganas de orinar. Ya más tranquila se acercó al espejo, se vio el rostro. Todo estaba en orden. Giró la llave del lavamanos, colocó las manos juntas y esperó a que el agua se acumulara. La vació en su rostro, tomó una toalla para secarse y regresó a la cama. Esa noche ya no soñó de nuevo.



2

PORTAVOZ

Susan Ckrauss veía el amanecer desde su vehículo, una *pick-up* roja del 87, con amplios retrovisores que daban una buena visión de lo que se acercaba por detrás, los sillones eran anchos con un cuero lizo, que rechinaba con la humedad, atrás había un espacio extra, que regularmente se encontraba con ropa, zapatos, restos de bebidas y algunos bocadillos a medias, gajes del oficio solía decir. Debía de moverse continuamente y su vieja camioneta servía de comedor, entre muchas cosas. Los primeros rayos del sol se alzaban sobre un grupo de montañas, que se perdían a la distancia, como si no tuvieran fin. El tráfico estaba terrible ese día, la cola de vehículos se extendía por varios kilómetros antes de la entrada a la ciudad, odiaba ir a la ciudad. La CA-9 había sido su hogar toda la vida y se sabía el recorrido como la palma de su mano, era una de las cuatro entradas a la ciudad y la única desde la costa sur del país, razón por la cual regularmente se congestionaba a horas de la mañana; largas filas de camiones con enormes furgones, se perdían de vista entre las distintas curvas, las cuales serpenteaban las orillas de las montañas que conducían hacia las áreas industriales, los motores rugían, feroces, simulando bestias que se quejaban cada vez que los rudos conductores aceleraban al avanzar la fila de vehículos.

Susan se perdía recostada sobre la orilla de la ventana admirando la salida del sol esa mañana; ella acostumbraba a salir tan

temprano, pero tenía una cita importante con su representante Billy Liot. Billy era un agradable hombre de unos 45 años, dedicado a la búsqueda de talentos juveniles en las artes, no se cansaba de contar la historia de cómo la encontró apenas en la escuela de arte de la universidad estatal donde tenía una catedra hacía ya cinco años. Disfrutaba enseñar *expresión artística*, pero a medida que cada día regresaba al mismo salón y veía la capacidad que muchos demostraban, pensó en comenzar un sistema de apadrinamiento para jóvenes talentos, algunos se perfilaban a ser el siguiente Picasso, Renau o Rembrandt, pero muchos de ellos resultaban ser unos mal agradecidos, engreídos y obstinados, que terminaba por mandar al demonio, o ellos lo mandaban al demonio. Era un buen hombre.

Cuando conoció a Susan, se sentía desmotivado, había perdido las esperanzas casi por completo, pero no se imaginaba lo que estaba a punto de descubrir es aquella joven chica. El talento con el pincel era inspirador, sabía que después de mucho tiempo había encontrado lo que buscaba, la chica tenía verdadero talento. Cuando las pinturas comenzaron a circular en pequeñas exhibiciones y luego en galerías, los críticos, buitres carroñeros de carácter inflexible, daban señales de agrado hacia las creaciones de la chica. Eran buenas noticias.

Las obras comenzaron a adornar las paredes de oficinas, salas de personas adineradas, e incluso algunas viajaban a colecciones privadas. La encarnación de las pinturas encantaba a las personas, el uso de los colores en perfecta armonía, tenían que ser el trabajo de un maestro; una vez alguien veía la pintura la tenía que tener, algo marcaba a cada uno de los potenciales dueños. Billy, se repartía su día entre los deberes de representación y el estudio donde Susan hacía sus obras, acompañada de una pequeña grabadora, aislada de todo el mundo exterior, el lugar era deprimente lúgubre y sucio, pero eso quizá le funcionaba para crear tan hermosas obras. Sus movimientos viajaban al compás de las sinfonías que resonaban imponentes en toda la habitación, era como si transformara la música en pintura, una delicia total verla trabajar.

—Tenemos que hablar de tus finanzas —le comentó un día.

—¿Hay algo mal con ellas?

—No. Todo lo contrario, todo va muy bien, pero necesitas que alguien las maneje, los cheques se acumulan y no sé qué hacer con ellos.

—Encárgate tú de todo eso.

—No sé si pueda, solo soy tu maestro, Susan.

—Sé que lo harás bien, nunca me atrevería a desconfiar de ti.

Él lo pensó por un momento, vio hacia la pequeña ventana por donde apenas entraba luz hacia el caballete lleno de manchas de pintura acrílica.

—Está bien, Susan, comencé contigo este viaje y te acompañaré hasta donde nos lleve. No te preocupes, yo veré qué puedo hacer, tú sabes que como artistas los dos estamos muy alejados de querer más de lo que creemos necesario, los lujos están para otras personas.

—Por eso me agradas, maestro Liot —le guiñó el ojo, mientras se alejaba del cuadro que estaba pintando para ver mejor.

—¿Qué estas pintando ahora? —se acercó curioso, con las manos cruzadas sobre el pecho.

— Lo llamo *El silencio de un recuerdo*. Es sobre una mujer azotada por sus demonios internos.

—Es simplemente sensacional, la forma en que has capturado el cabello en pleno movimiento, sin decir los reflejos de las posiciones anteriores del azote causado por su demencia. Puedo sentir su desesperación.

—Yo también —sonrió—. Por eso me tomó mi tiempo, no quiero terminar como ella.

La bonica de un enorme camión la hizo reaccionar, se había perdido unos segundos, y la cola ya se había movilizado unos 200 metros, un policía de tránsito le hacía señas molesto, mientras le gritaba algo que no alcanzo a escuchar. Conecto la primera velocidad y comenzó a acelerar mezclándose con una enorme cantidad de vehículos que hacían su recorrido hacia la ciudad.

—No te ves bien, Susan —observó Billy con una mirada inquisitiva—. ¿Te pasa algo?

—El estúpido tránsito de la mañana es una verdadera molestia Billy, no sé cómo soportas vivir entre tanto desorden; además ayer no pude dormir bien tuve una noche difícil, llevo varios días con ese problema, creo que si esta noche me pasa lo mismo tendré que visitar un médico.

—Me parece muy sensato que lo hagas —tomó una botella de *whisky* de la alacena y se sirvió un poco—. ¿Te sirvo un poco?

—No sé, aún no he desayunado y ya sabes cómo me pongo, cuando bebo cosas fuertes en ayunas, prefiero una cerveza.

Billy se acercó a la nevera y busco una cerveza en la parte más profunda, la lata estaba muy fría, menos dos grados indicaba el termómetro digital en la puerta. Se acercó al sillón llevando en una mano el vaso de wiski y en la otra la cerveza, se la entregó a Susan, se acomodó dando dos pequeños sorbos a su trago, el wiski estaba fuerte. Apenas eran las nueve de la mañana.

—¿Cuál era esa noticia tan importante que no me podías decir por teléfono? —dijo el primer trago a la cerveza.

—Ayer recibí la llamada de un buen amigo mío, radicado en Francia, dice que tu trabajo tiene encantado a todo mundo.

—Ya sabes que no me gusta viajar, Billy, no comencemos de nuevo con eso.

—Todo lo contrario, déjame terminar. El sujeto me dijo que estaba interesado en montar una exposición, y te quiere a ti como centro de todo, dijo que te podías tomar tu tiempo con las pinturas, no te quiere presionar, e incluso esta la idea de subastar algunos cuadros de la exposición para alguna causa benéfica.

—No lo sé, suena bastante interesante la propuesta. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Fransua Feraud es un tipo agradable y de gusto muy delicado, si sabes a lo que me refiero.

—Sí, entiendo —le dio otro trago a la cerveza.

—Puedes comenzar este invierno y al final ver qué es lo que tienes. Podríamos montarla en los meses de verano.

—Llámalo ahora mismo, aprovechando que estamos juntos. ¿A qué hora es el desayuno con los del museo?

Descolgó el teléfono y lo puso en altavoz, marcó varios números y esperaron dos tonos antes de que alguien con acento gracioso contestara.

—Es a las 9:30 —murmuró con gesticulación exagerada.

—Hola, ¿Fransua?

—*Bonjour*, Billy Liot, ¿cómo te trata la vida?

—No mucho mejor que a ti —rio escandalosamente.

—Ya lo creo.

—¿Qué tal el atardecer en la ciudad del amor?

—Acá todos los días son hermosos, que más se puede pedir.

—Supongo que no mucho. Te llamo con respecto a lo que me dijiste el otro día, acerca de la exposición y el evento de beneficencia, a mi lado tengo a Susan Ckrauss.

—¡Excelente, amigo! —exclamo emocionado.

—*Bonjour*, Fransua —saludó Susan—. Billy me ha comentado la idea de la exposición. Dame más detalles, me interesa.

—Permíteme —se escuchó una serie de sonidos por la bocina del altavoz; ya no se escuchaba el sonido de los vehículos y las personas. Quizá se había cambiado de lugar.

Contenía la emoción en su voz, pero aun así se le notaba.

—*Bonjour, mon cher* Susan.

Ambos rieron, como si todo lo que pasara fuera una broma extraña.

—La idea principal es compartir tu exquisito trabajo a las personas cultas de la sociedad. Te prometo que será todo un evento; además, recaudaremos fondos para la beneficencia. Billy me ha dicho que no eres muy sociable que se diga, pero sé que esto valdrá la pena. No te quiero presionar ni nada, pero con tu confirmación me basta para comenzar a contactarme con las personas adecua-

das. Me mantendré en continuo contacto con Billy para organizar todo lo que se deba hacer. ¡Me has dado una de las mejores noticias en meses!

—Para nosotros también será todo un gusto trabajar contigo, Fransua —añadió Billy, conteniendo la risa—. Te llamo en los próximos días, para acentuar los detalles.

—Me parece bien —se volvió a escuchar el bullicio de las personas—. ¡*Au revoir, mes amis!* —exclamó con animosidad.

—¡*Au revoir*, Fransua! —repitieron los dos al mismo tiempo.

Billy se inclinó con esfuerzo para cortar la llamada. Susan aun trataba de contener la risa.

—Agradable tipo, ¿verdad?

—Lo es, me ha convencido, especialmente con ese acento tan peculiar. No sé si podré verlo a la cara sin reírme.

—Además de gracioso, es hombre muy correcto, ya verás cuando lo conozcas.

—No lo dudo —se levantó del sillón, apresuró los últimos tragos de la cerveza y vio la hora en el reloj de pared—. Creo que es hora de irnos, los del museo son bastante exigentes con la puntualidad.

—Solo cuando les conviene, mi estimada, déjamelos a mí, yo sé cómo tratar con ellos.

—Sí, no quiero estrangular a nadie hoy —los dos rieron. Se marcharon. Eran las nueve con diez. La hora era buena.

La reunión transcurrió bastante bien. La propuesta que tenían para la donación de pinturas el siguiente mes había encantado a los directivos, otro hecho establecido ese día. Dos en un mismo día: no podía salir mejor.

Era de esperar que Susan rebosara de felicidad, pero se mantenía sobria, los perturbadores sueños de los días anteriores penetraban como tornillos, relampagueando imágenes de las calles desiertas en la noche, la aflicción de la persecución. Un extraño placer recorría su cuerpo que la atemorizaba, pero al mismo tiempo descargaba una dulce sensación a la que no debía de dar lugar.

Trataba de no pensar en eso, su atención se veía secuestrada y algunos pasos de la negociación pasaron en blanco, pues no puso atención. Para su suerte ahí estaba Billy.

Eran más de las seis, todos viajaban de regreso a sus hogares a las afueras de la ciudad, un caos total, la CA-9 no era la excepción, Susan aun pensaba en regresar a su casa o en quedarse esa noche en el apartamento de Billy. A las siete, decidió por fin marcharse, no se sentía conforme y la incertidumbre en su rostro no había dejado tranquilo a Billy, a pesar de eso ya no pregunto más al respecto. La respetaba mucho como artista y como amiga.

Susan se unió a la larga fila de vehículos que desfilaban como almas en pena, condenadas a hacer todos los días el mismo recorrido hasta pagar por sus iniquidades en la tierra. Las luces de los vehículos a la distancia parecían llamas de fuego, antorchas que las almas en pena llevaban en sus manos hasta el fin del recorrido, donde pensaban que todo había terminado, pero, todo se volvía a repetir iniciando su sufrimiento, envueltos en un ciclo de sufrimiento interno sin comparación a nada que hubieran sentido antes.

«¿Cómo puede soportar esto?», se preguntaba aun incrédula de la cantidad de vehículos. A su lado un sujeto, posiblemente un banquero por la forma en que vestía y sostenía su teléfono, discutía con alguien, quizá su esposa, eufórico, daba gritos inaudibles para Susan, pero se podía ver por el movimiento de sus labios y los gestos de la mano libre que las cosas ese día al llegar a su casa no serían menos intensas. Susan lo vio con atención imaginando el tipo de vida de aquel hombre, un alma más en el camino sin fin pensó.

Más adelante una mujer cantaba, a todo pulmón una canción que sonaba en la radio, se veía feliz, la canción hablaba sobre un tipo que le pedía a su novia que no lo dejara. «Un sentimiento un poco ajeno», se dijo sorprendida por la variedad de cosas que veía en unos cuantos kilómetros de intenso tránsito.

«Debo hacer una pintura de esto», pensó. La idea estaba presente y al llegar a su casa intentaría materializar un poco de esas experiencias.

El reloj del vehículo marcaba las 8:15. La fila de vehículos por fin avanzaba y más adelante todo fluía con normalidad. Por increíble que fuera nada producía el embotellamiento, solo los vehículos tomaban con especial calma una pronunciada pendiente en la salida de la ciudad. Más tranquila condujo durante media hora más, sin ninguna molestia. Su casa estaba situada en el kilómetro 40, una bifurcación la desviaba de la icónica CA-9 hacia una calle de tierra que se extendía por unos diez kilómetros, con casas apartadas y extensos terrenos perfectos para sembrar o para el pastoreo de ganado, actividad principal a la que se dedicaban la mayoría de los habitantes de las comunidades que se extendían sobre aquella ruta.

La oscuridad para ese entonces era profunda, ni un solo vehículo tomaba esa ruta, si hacia cuentas de lo que llevaba viviendo por ahí, podía contar quizás unas 50 casas a lo largo de todo ese tramo apartado, la mayoría de personas muy amigables y serviciales, como buenos habitantes de un pequeño poblado. Susan era la única que no se dedicaba a la agricultura a pesar de que el terreno de su propiedad era inmenso, había estado pensando en darlo en arrendamiento, pero aún estaba consintiendo esa opción, varios vecinos habían ofertado, pero la deliberación aún estaba en proceso.

Aparco su camioneta junto a la entrada, adolorida bajó y entró. El silencio que la acompañaba ensordecía sus pensamientos, colocó las llaves en un recipiente circular junto a la puerta y subió a su habitación. De pronto los pensamientos de los sueños regresaron; no quería dormir aun, a pesar de que se sentía agotada del viaje, así que se sirvió un vaso de fresco, encendió la radio y se relajó en el sillón que daba a la ventana con una vista privilegiada de tres enormes volcanes situados en la zona, de los cuales solo uno permanecía en constante actividad, el espectáculo era realmente hermoso.

La idea del tránsito regresó a su mente y, decidida a crear algo

esa noche, se fue hacia su estudio, tomó un lienzo en blanco, preparó sus pinceles, espátulas y pinturas y se colocó su bata. Estaba lista. Comenzó con colores fuertes, de alto impacto visual, que mezclados daban una oscuridad enfermiza, una oscuridad llena de sufrimiento; le recordaba la *Divina Comedia* de Dante. Eso le encantó y continuó.



3

FUGACIDAD

El teléfono, en la pequeña mesa que ocupaba su oficina, sonaba sin descanso, no quería tomarlo, ya casi terminaba su turno. Las 5:30, marcaba el reloj en la pared. Obligado entre tanta insistencia, al fin se decidió a saber la razón de la urgencia.

—Estación de policía del distrito central, habla el detective Adrián Torres —dijo aún medio dormido. Su rostro reflejaba molestia.

Al otro lado de la línea una mujer sollozaba y luego la llamada se cortó.

El detective Torres quedó confundido, no era la primera vez que le pasaba eso. En su profesión era típico que tipos bromistas hicieran llamadas la mayor parte del día, a todos les molestaba, pero poco se podía hacer. Resignado a no poder dormir de nuevo, se levantó a tomar una taza de café, faltaban 25 minutos para salir. Afuera las luces de la ciudad comenzaban a iluminar las calles, mientras el sol se marchaba a otro lugar, con movimientos lentos, algunas nubes se remolineaban en el cielo dándole un aspecto otoñal a la tarde.

Un tipo regordete de bigote que pintaba algunas canas entro de repente.

—Detective, le dejo el archivo del caso Forest.

—¡Maldición, Vargas! Te he dicho que toques la puerta antes de entrar.

El hombre parecía avergonzado por su acción y se disculpó torpemente.

—Ya déjalo así, pero no lo olvides, te lo he repetido cientos de veces.

Dejó la taza en la pequeña mesa donde estaba la cafetera y tomó el folder.

—Ya puedes retirarte.

El sujeto salió arrastrando su pesado cuerpo, mientras trataba de subir el pantalón, que gracias a su pronunciada panza se bajaba continuamente. El detective Torres hizo un gesto de resignación con la cabeza, dejó el folder en su escritorio y continuó con su café.

Hacía ya dos años que había sido ascendido a detective, en ese momento fue uno de los logros más grandes después de haber llegado a la ciudad; a veces deseaba haberse quedado en su antiguo condado, Comora, atendiendo llamados de violencia doméstica, personas desaparecidas y escándalos en bares. No era lo suyo, pero tenía más acción que en su actual puesto.

Después de una brutal tormenta, que casi destruía el poblado, sintió que su potencial se estaba desperdiciando, pasaba los días ordenando papeles.

—Tú y tu estúpido trabajo de secretaria policial —le decía su padre, un exmilitar educado bajo la vieja escuela.

Un día se cansó de sentirse así y pidió su traslado a la ciudad, se sentía emocionado porque por fin podría ser un policía de verdad, solucionar casos, participar en tiroteos atrapar a los malos, y todo ese tipo de tonterías que veía en las películas, que lo llenaba de emoción.

Optó por el distrito central. Paso todas las pruebas sin problema, era un buen elemento solían decirle, y así fue en sus primeros meses, recorría las calles como un superhéroe, atrapaba ladronzuelos de poca monta, uno que otro tiroteo con vendedores de drogas, peleas con algunos proxenetas, cubrir escenas de crímenes, la emoción de las películas se vivía a flor de piel en la gran ciudad.

¿Qué más podía pedir?

Sus compañeros admiraban su tenacidad. Todo un ejemplo para los demás. Sabía lo que hacía y se sentía a gusto cumpliendo con su deber. Fue ascendido a detective por su heroico papel en una operación de intercambio de drogas donde no solo rescato a su compañero de una segura muerte, sino que también neutralizó a cinco traficantes.

—Adrián es el tipo de sujeto con el cual dejaría a mi hija un fin de semana si tuviera que salir —decía su compañero aun en el hospital.

Luego, la desgracia.

Su inspiración a servir, fortaleza y mentor de toda su vida, había muerto de un infarto a los 75 años. Con la muerte de su padre murieron muchas de las fuerzas que el detective Torres guardaba. La depresión fue una de las cosas más duras de afrontar, a pesar de que era un sujeto rudo, la muerte de su padre fue tan repentina que lo tomó en un bajón emocional.

Trató de ser positivo pensando que las cosas iban a mejorar, pero la realidad estaba muy distante de ese pensamiento. Los casos comenzaron a llegar, y uno a uno comenzaron a apilarse sobre su escritorio, y cuando ya no cabían, mando a traer un archivo para guardarlos. Era impresionante la cantidad de casos que se juntaban, trataba de mantenerse al día, pero los casos seguían llegando. No era la idea que tenía de combatir el crimen, le recordaba mucho a su antiguo puesto en Comora. Trato de mantener el ritmo, pero su mente se mantenía muy ausente del lugar donde estaba. Con el tiempo aquel hombre imponente que había salido de un pequeño poblado entre las montañas, quedo absorto por la ausencia de la única persona que había sido su ejemplo. No era divertido.

—Haz que tu viejo esté orgulloso de ti, maricón —le decía con una sonrisa en el rostro. Un hombre duro pero cariñoso.

En los dos años que llevaba como detective había logrado resolver unos 40 casos, nada mal para un detective principiante; su vida era la policía, era todo lo que conocía, ahora esa vida le estaba

pareciendo aburrida, se sentía atrapado en un bucle donde lo único que aparecía en su escritorio eran expedientes que se almacenaban y ganaban polvo. Perdidos en el área de *sin resolver*.

Le dio un trago profundo a su café. Sin sentirlo, el tiempo había transcurrido rápido, solo faltaban cinco minutos para terminar su turno. Sin pensar que esa noche la pasión que había muerto con su padre, encontraría una nueva inspiración.